

**AÑOS DE
ELECCIONES**

Un policiaco sobrenatural

Papús von Saenger



AÑOS DE ELECCIONES

Primera edición, 2016

© Papús von Saenger

© Buró Buró Oficina de proyectos culturales

Edición: Annuska Angulo y Anna Rimoch

Diseño: Ingrid Carraro

Diseño y impresión de portada: Blair Richardson

Buró Buró Oficina de proyectos culturales, S.C.

Jalapa 27, Colonia Roma Norte

Ciudad de México 06700

buroburo.org

ISBN 978-607-96255-4-2

IMPRESO EN MÉXICO

Lito Express

República de Perú 76-A, Colonia Centro

Ciudad de México 06010

La portada se imprimió en una imprenta letterpress

Vandercook Universal I del Taller La Mulita.

Esta publicación ha sido compaginada con las tipografías Adobe Caslon Pro y Proxima Nova.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

AÑOS DE ELECCIONES

Un policiaco sobrenatural

Papús von Saenger

*A mi padre que me exhortó a escribir,
A Male que me impulsó a terminar esta novela,
A mi familia por aguantarme.*

PREFACIO

Este libro no proviene de una postura política en particular, se trata más bien de un compendio de evidencias que establece que los libros provienen de los libros, los textos de los textos, las ideas propias de las de los demás.

Por una parte, este texto surgió a partir de comentarios, opiniones, rumores, enlaces de artículos, videos que fueron posteados en Facebook, y de discusiones que ahí se generaron en momentos de tensión social. Las citas también fueron extraídas de esas paredes, como un recurso –casi una ortopedia– que le asigna cualidades de verdad a nuestras opiniones personales. A pesar de todo el tedio que generan, las redes sociales confirman que no hay manera de apropiarse de lo real más que a través de su relato, y los avances tecnológicos –la velocidad de propagación y su alcance– no representan una progresión de la verdad, sino de sus estructuras ficcionales.

Y por otra parte, este texto proviene de muchas horas de lectura –la mayoría placenteras– que no se pueden rastrear ni capitalizar, y que simplemente se integran en el organismo de los que leen. Muchas veces sucumbimos ante una tentación lírica a partir de hechos muy pedestres; y en este sentido este texto es una especie de avería y el intento de su reparación; es una tontería que atenuó el perseverar en ella. Que el rumbo político de este país desafíe toda verosimilitud y se preste a la peor de las irrealidades, es otro punto.

La función de la ideología no es ofrecernos un escape de nuestra realidad, sino ofrecernos la realidad social como un punto de escape.

SLAVOJ ŽIŽEK

1.

DOÑA BERTITA

Herminia era todavía una mujer relativamente joven que llevaba más de diez años trabajando como sirvienta en esa casa. Claro que si la comparamos con las hijas de sus patrones que tenían aproximadamente su edad, parecía una anciana; pero la aritmética de los años no opera igual para todos. Había tenido un recorrido mucho más accidentado que “las princesas”, aunque en realidad su historia resultaba bastante banal entre los de su clase: a los quince años se había enamorado de un fulano en su pueblo, allá en Hidalgo, y se había quedado embarazada unos meses después. A los dieciseis era madre, y al poco tiempo del nacimiento de la criatura, su novio se esfumaba –según su familia política, en la vaga geografía de los Estados Unidos para buscar una vida mejor, y según otras fuentes menos bien intencionadas, en la del territorio nacional con una tipa mucho más guapa que ella, que había conocido una noche en un baile. Ante las prioridades que la pobreza vuelve rápidamente apremiantes, como los gritos intermitentes de su retoñito, Herminia dispuso de poco tiempo para superar su pena de amor. No lo sabía pero ahora su vida nutría el arquetipo muy latinoamericano del “sacar mi hijo adelante”, protagonizado de forma magistral por Libertad Lamarque en alguna película que había visto de chica en la televisión, y que le había hecho llorar mucho. Al mismo tiempo, esta figura continental de la madre soltera le daba el aliento necesario para tomar las elecciones cruciales que la ocasión le presentaba: dejó a su hijo a cargo de su madre y partió a ocupar el puesto de sirvienta que le había conseguido una tía, en el rancho de una familia más que prominente de

Guanajuato.

Herminia, que no llegaba a los treinta y tenía la cabeza cubierta de canas, era todavía lo suficientemente joven para no acallar la voz mental que debe desarticular toda persona que integre el gremio de la servidumbre. A diferencia de Rocío, su colega que preparaba tranquilamente del otro lado de la cocina los huevos con tocino para el señor, la pobre no había alcanzado ese nirvana, la beatitud de complacer las necesidades de sus amos, y su cerebro generaba aún frases de resentimiento ante las demandas de sus patrones. La vida es para todos un largo camino que nos lleva a aprender evidencias, y Herminia sencillamente aprendía que un jefe es arbitrario o no es, y que cierto sometimiento constituye la radiografía de todo salario. “Para qué quiere esa vieja huevona que le suba el desayuno a esta hora, si se va a quedar otras tres horas en la cama”, pensaba mientras pelaba los mangos que metería a la licuadora.

Doña Bertita, su patrona, era una presa fácil de las modas alimenticias. Se entregaba totalmente a la tiranía de dietas que prometían belleza, esbeltez y felicidad. Ya había pasado por una fase Atkins, ingurgitando bandejas de carnes, tocino y embutidos desde la mañana para luego adoptar otra donde únicamente se alimentaba de sopa de col. Herminia siempre fue delgada y le costaba entender la necesidad de estos malabares para alcanzar un estado que en ella era natural, pero sobre todo no entendía el deseo de doña Bertita de aspirar a la belleza ahora que atracaba definitivamente en las orillas de la tercera edad; era una batalla perdida. A todas luces nunca fue una mujer hermosa y nunca lo sería, sin contar que cualquier partícula de belleza, cualquier destello de gracia que pudiera alojarse en su mirada,

o en un movimiento involuntario de sus manos, tendría que enfrentar grandes retos: los horrendos sacos con hombreras y botones dorados que tanto le gustaban; su conversación plana y provincial –y sobre todo de esta provincia– que odiaba toda ambivalencia; ese nerviosismo casi histérico con el que se desplaza mucha gente de poca estatura; el seseo pueril al hablar que quería ser semi-castizo. “¡Pinche vieja fea!” dictaminaba Herminia en su ágora interno, y escupía un firme gargajo en la licuadora.

Ahora doña Bertita vivía el apogeo de su fase ayurvédica / tao. El oriente ofrece muchas ventajas. La primera es que es lejano y exótico, y por ende trastoca la geopolítica a nuestro favor: el continente asiático nos convierte automáticamente en occidentales, estatus que el mismo Occidente no le ha concedido a los mexicanos. Otra es que avala una ignorancia holística para los más desocupados; parece que en esas tierras lejanas existe una sabiduría milenaria que se puede adquirir como un *souvenir* de viaje, y en el salón de una amiga ociosa pero iluminada, decorado con Budas gigantes, biombos indonesios, y pisos de bambú, doña Bertita descubrió que lo que ella consideraba tendencia a engordar era en realidad una tipología humana poco conocida y mal entendida por nuestro hemisferio, rumbo que los lassis de mango con cardamomo y el té verde sin azúcar iban a rectificar. “Uno es lo que come”, doña Bertita se aventuraba en este laberinto de parámetros alimenticios determinados por intolerancias al gluten y la lactosa, y abrazó esta hipótesis con toda la fuerza que le atribuyen a sus supersticiones las personas que conocieron cierta notoriedad pública. Cada quien sus elecciones.

Herminia terminó de preparar la bandeja a las 7:30 en

punto y subió al cuarto a llevarla. Al entrar la sorprendió el olor que imperaba en la habitación. Normalmente dejaba la bandeja sobre una mesa a un costado de la cama y salía sigilosamente del cuarto para no despertar a su jefa. El cuarto estaba en una oscuridad total; varias capas de cortinas repelían cualquier ápice de luz natural, convirtiendo la recámara en un búnker. Pero el hedor que percibió esa mañana, una mezcla de agua estancada y de roedor muerto, la sorprendió tanto que se atrevió a entreabrir las muy levemente para buscar su proveniencia. Y en cuanto entraron los primeros rayos de luz, Herminia empezó a gritar y salió del cuarto despavorida, agitando los brazos en el aire, tirando en su carrera la bandeja con ese desayuno tan bien calibrado que se estrellaba sobre el piso.

La soledad no aparece, la hacemos.

MARGUERITE DURAS

2.

DON BENANCIO

En México, la víctima de un crimen violento no esclarecido se convierte implícitamente en culpable. Todos los destajados, los baleados, los degollados, los empalados, los desollados, los disueltos en ácido, los quemados vivos, los encajuelados, los deslenguados, y demás fruto del lirismo asesino que ha visto la luz en los últimos años de este país, fueron malos socios, y matarlos es una forma de delatar públicamente a cómplices del narcotráfico que incumplieron alguna cláusula del convenio. "Se la buscaron" era por lo general el veredicto de nuestras autoridades.

Y en gran medida era cierto, pero en el caso que nos concierne, todo era más complicado. Únicamente dentro del estricto marco profesional, doña Bertita y su esposo habían acumulado una lista interminable de enemigos muy peligrosos que incluía a zares de la droga que vieron sus rutas de distribución alteradas, a grandes industriales que fueron despojados de sus negocios y vieron las concesiones del Estado pasar a manos de compañías abiertas por los vástagos de este par, y hasta a gente muy poderosa de su propio partido. Don Benancio siempre fue un extravagante de las declaraciones públicas, casi un dadaísta (nadie podía olvidar su famoso "¿yo por qué?" frente a preguntas incómodas de los periodistas), pero desde los últimos años de su investidura, su cordura se había degradado de forma bastante espectacular, y sus declaraciones se volvían cada vez más azarosas, un poco inquietantes según ciertos analistas. Se había manifestado frente a las cámaras a favor de la le-

galización de las drogas en México en un momento en que Washington apostaba por una guerra sin cuartel; había propuesto a su propia esposa como candidata a presidente; había hecho burla en cadena nacional del gusto y la proclividad del actual Jefe por “la copita”; y ahora se declaraba a favor del candidato del partido contrario. El Secretario de Gobernación había ido dos veces a su rancho para exigirle silencio y mesura, haciendo énfasis en que su futura tranquilidad dependía de su discreción. Pero un marco más extenso resguardaba muchos otros enemigos, aunque también más hipotéticos y teóricos. La pareja se había ganado el odio de los ejidatarios de la región a los que expropiaron tierras para integrarlas a su rancho, y por un efecto bola de nieve se adjudicaron la enemistad de los demás agricultores, de los trabajadores, de los sindicalistas, de los obreros, de la clase media progresista, de la prensa, de las feministas, de los estudiantes, de los laicos, de los artistas, de los politólogos, de los cubanos, de los bomberos, y de otra gran parte de esa entidad nebulosa llamada sociedad civil.

En la sala deambulaban una decena de agentes y peritos de la PGR, profesionales especializados entre otras cosas en desaparecer líderes sindicales, estudiantes rojillos, indígenas subversivos, periodistas, y en darles “calentaditas” a eventuales iluminados de las causas sociales. De forma más *free lance* también extorsionaban a algunos turistas y a mirreyes que salían borrachos de las discotecas, colocando algunas bolsitas de azúcar glass en el coche cuando los paraban, lo que representaba un pequeño extra para redondear los fines de mes.

Herminia no podía parar de llorar. Además de la impresión que le había causado el encontrar el cuerpo de su jefa

destajado sobre la cama ensangrentada, lo hacía por intuición: lloraba de miedo y tenía razón. Los matones que se paseaban en la sala escuchaban a Herminia llorar con cierta irritación, y ya le hubieran propinado una buena bofetada si no fuera por las instrucciones que recibieron de "arriba". Sabían que disponían de poco tiempo antes de que una fuga interna o que la curiosidad de algún periodista ante el despliegue de camionetas con vidrios ahumados y de helicópteros que sobrevolaban el rancho, hiciera pública la terrible noticia, y ante un inminente acecho de los medios, harían pública la culpabilidad de Herminia para ganar tiempo en la investigación. Y por eso tenía que aparecer en buen estado frente a las cámaras.

De pronto se abrieron las puertas de la biblioteca y salió don Benancio. El pobre se veía muy acabado, caminaba lentamente, arrastrando los pies, con algo de inválido y algo de anciano. El doctor Schopenhauer, médico legal que había sido trasladado desde la capital en helicóptero hace una hora, le había suministrado una fuerte dosis de calmantes que no parecían hacer mucho efecto. Si el paso de los años no estaba siendo clemente con él, el encontrar a su esposa destripada iba a hacer muy poco por mejorar su equilibrio mental. Don Benancio irrumpió en el cerco que se había establecido en el confort de su sala, se acercó hacia el teniente Espinosa quien parecía tener más rango y más autoridad en esta jauría, lo miró detenidamente en los ojos, lo abrazó, y rompió a llorar.

–Fui yo– dijo con voz gangosa, entrecortada por el llanto –fui yo...

Es un espectáculo muy duro ver a un hombre de su estatura llorar, a un hombre que llevó las riendas de este país

como se monta un caballo, y si no hubiera sido por ser quien era, uno de los gorilas con los Ray-Ban de espejos le hubiera asestado un golpe con la cache de su pistola, en un gesto de solidaridad masculina para callarlo y devolverle aunque fuera a la fuerza, un ápice de su dignidad de hombre.

–Yo soy el culpable...– gemía mientras caía de rodillas sobre el piso y lloraba con más fuerzas. –No dormíamos juntos desde hace dos años. Ella ya no quería estar conmigo en el mismo cuarto desde el día que encontró esas fotos en mi computadora.

Se quedó callado un momento hasta entrar en una fase incomprensible de rabia. De pronto se puso de pie y se dirigió a todos los que estaban en la sala.

–Traté de explicárselo pero no quiso saber nada. ¿A quién le hago daño viendo esas páginas? A ver, díganme, ¿a quién? A nadie, que yo sepa. Hay millones de hombres que las ven. Tú, tu hijo, tu esposo, tu hermano, tu papá. ¿Y sabes por qué? Porque para eso son, para eso sirven, para eso las hicieron, para que los impotentes, para que los viejos, los solitarios, los aburridos, los feos, los casados que se despiertan todos los días junto a una mujer que ya no quieren a su lado, no agarren una escopeta y vayan al McDonald's más cercano a chingarse a cuanto pendejo se les pare enfrente.

De nuevo una espasmo se apoderaba de él y volvió a llorar con más fuerza.

–Don Benancio, por favor vamos a que lo vea el doctor– le dijo Rocío tomándolo por el brazo.

–No me toques– aulló. –Ustedes son las putas. Ustedes, las mujeres de verdad, las decentes, las que uno ve cruzar

las calles y que uno conoce en el trabajo, a las que hay que hablarles durante días, durante semanas para poder acostarse con ellas, las que hay que llevar al cine, a cenar, sincerarse, mirarse en los ojos, las que sueñan todo el tiempo con historias de amor, ustedes son las putas porque hay que mantenerlas.

Más por cansancio que por tranquilidad, don Benancio se calmó un poco.

–Yo pensé que era una excusa para dormir sola sin culpas, para deshacerse de mí y tratarme como un bulto que ronca y que despidе malos olores. Yo pensé que era una táctica femenina, la de agarrarme *in fraganti* y aprovechar mi culpa para sacarme un carro nuevo, un anillo de brillantes, y un viaje a Nueva York para la reconciliación...

Muchas veces las decisiones que tomamos son como una forma de militancia que derivan de nuestras decepciones. Él escogió una forma de lujuria para quedarse solo y ella optó por integrarse al comando de las mujeres víctimas del amor. Don Benancio cayó al piso y todo su cuerpo empezó a sacudirse incontrolablemente. Tenía una convulsión, con espasmos que provocaban que su organismo secretara lágrimas, pedos, mocos, saliva que parecían ahogarlo. Los ojos se le pusieron en blanco y don Benancio agarró su propia garganta entre sus manos y empezó a apretar. Rocío salió del estupor en el que se encontraba y fue corriendo a buscar al médico en la planta de arriba. Y sólo cuando vio a su jefe en ese estado, tirado en el piso y estrangulándose a sí mismo, Herminia dejó de llorar.

*Cuando se descubrió que la información era un
negocio, la verdad dejó de ser importante.*

RYSZARD KAPUSCINSKI

3.

HERMINIA

Vladimir Santos, uno de los periodistas más respetados del país, la esperaba en la sala de visitas de la cárcel de alta seguridad. Herminia era en este momento la mujer más famosa de México, y ella nunca lo hubiera imaginado, ni en los momentos más tristes de su existencia cuando recurría a un dispositivo muy básico para sobrevivir, imaginando que un buen día encontraría un hombre bueno que la quisiera y la sacaría de trabajar de sirvienta. Nuestra imaginación en su vertiente casi delirante fusiona a veces realidades incompatibles, como los pedófilos a veces creen en Dios (y católico además, no griego), o una portera centroeuropea cree en la superioridad de la raza blanca.

De las conjeturas que surgieron en todas las sobremesas nacionales, un crimen pasional resultaba casi benévolo, una rencilla más entre mujeres histéricas que terminaba a las manos. Se creó un revuelo mediático cuyo centro era Herminia; la pequeña sirvienta adquiría prestigio y se crecía cada día bajo la lupa de los medios. "La destripadora del Bajío", "la chacha asesina", "la carnicera bien criada", así la habían rebautizado los encabezados en la prensa, y hablaban de ella en todos los noticieros del país, aparecía gente desconocida en la televisión inventando testimonios y psiquiatras explicando los trastornos de una personalidad antisocial, entrevistaban en su ranchito en Hidalgo a su pobre madre, un tótem imperturbable que declaraba firmemente "mi hija no hizo eso". Su detención parecía más un *reality show* que un castigo por haber cometido un crimen, y varios diputados de izquierda aprovecharon para desempolvar la prorrogada agenda del derecho al seguro social de

las trabajadoras domésticas; sociólogos y escritores querían entrevistarse con ella o escribir una tesis; productores de televisión le ofrecieron dinero para tener la exclusiva para filmar su historia; estudiantes llevaban camisetas que decían "Yo también soy Herminia". Para unos era un Hannibal Lecktor región cuatro; para las sirvientas era una especie de portavoz universal; y para las patronas, la confirmación de que lidiaban con una raza inferior que no se está explotando sino capacitando.

Cuando finalmente llegó a la sala Vladimir se sorprendió ante lo bajo de su estatua, su delgadez, esos ojos nerviosos que evitaban posarse demasiado tiempo en un mismo lugar. Su voz era aguda y entrecortada, y Vladimir reafirmaba su sospecha que era inocente, que ellos lo sabían, y que su detención, arbitraria e injusta, representaba otro atropello en el maculado sistema jurídico nacional. Un reconocido escritor francés especula que en principio todos los seres humanos poseemos una misma cantidad de *ser*, una presencia en principio similar que se plasma mejor en una hoja en blanco dirigida a un desconocido que en una confesión con el mejor de los amigos. Probablemente por falta de elecciones, por los días que pasó en los separos de un edificio público donde pensó salir sin vida, por alejarse de una vida que siempre le exigió silencio y docilidad, o porque sabía que probablemente nunca saldría de esta cárcel, Herminia se fundió con su falso alter ego criminal. Vladimir encendió la grabadora y Herminia describió con lujos de detalles sus crímenes para convertirse en unos de esos personajes que pueblan un mundo que se configura a puerta cerrada y frente a una computadora. Vladimir se consolaba pensando que de alguna manera todas las historias son fraudulentas y